

EL SUICIDA TEMPORAL

Pedro Berenguel Nieto

Estaba harto.

La vida era insulsa, insípida, anodina.

Como científico había comprobado empíricamente, día tras día, que detestaba este mundo. Su gente, su falsedad, su impostura que hastiaba hasta a las piedras. Quería suicidarse.

Ya tenía la pistola metida en la boca cuando un pensamiento asaltó su mente arraigando como hiedra psíquica.

“Ojalá no hubiera nacido – pensó, igual que tantos genios amargados antes que él-. Así nunca habría sentido este vacío.”

No nacer. Sí. Eso es. Aquello era mucho mejor que morir.

La muerte no bastaba. La Parca estaba al alcance de todos. Necesitaba ir más lejos. Se borraría a sí mismo de la historia, sin infiernos ni paraísos, dejando atrás una mera implosión de realidad.

Así que trazó un plan. Era un científico brillante, un genio de las matemáticas y además disponía de los medios necesarios para embarcarse en cualquier proyecto sin importar los costes. Estaba dispuesto a todo, incluso a lograr lo imposible.

Durante varios años se obcecó en la búsqueda de un método que le permitiera saltarse las leyes de la física y, ya puestos, de la razón. Ya no le importaban ni su esposa ni sus hijos ¿acaso le importaron alguna vez? Su existencia plana y predecible resultaba molesta. ¿Y sus padres? Los únicos que le habían importado algo en la vida yacían muertos en algún camposanto víctimas de un accidente cuando él todavía era un crío. ¿El abuelo? Una momia que parecía sobrevivir al mismo padre Cronos. Cuando quedó huérfano el muy desgraciado le había acogido a regañadientes. Para colmo aquel

anciano decrepito jamás le trató con cariño. Le había despreciado desde el primer momento como si tuviera la peste. Pronto llegaría su hora y lo haría de un modo que no podría imaginar. Pero eso sería luego. Primero tenía que ahondar en las teorías del espacio-tiempo que los grandes, ya fueran escritores, profesores o místicos, habían recorrido antes que él. Desde H. G. Wells hasta Nostradamus, pasando por Einstein o Asimov, buscó cualquier información y probó cualquier teoría... hasta que al final lo consiguió.

Construyó una máquina del tiempo.

La usaría para matar a su abuelo cuando todavía era pequeño. Odiaba a aquel viejo hermético y desdeñoso. Odiaba su rostro arrugado y sus dedos huesudos. Para su sorpresa, cuando intentó averiguar datos sobre su pariente, descubrió que apenas tenía pasado. El muy canalla había borrado gran parte de todo lo que había sido y hecho. Esto no hizo más que aumentar el odio que le profesaba a su achacado ancestro.

“Seguro que mató a alguien el muy cerdo –concluyó el científico un día -. Debió de escapar y cambiar de nombre o algo. En aquella época sin tantas computadoras ni tanta tecnología era más fácil desaparecer.”

Pero no se dio por vencido. Reunió toda la información que pudo. Una fecha de nacimiento, un pedazo de diario roído por la edad y media fotografía de las antiguas bastarían. Según el diario el vejestorio iba mucho a un parque cuando era niño. Había todo un pasaje mencionando aquel lugar aunque estaba medio borrado por el uso y el resto del manuscrito sencillamente no existía.

Suficiente. Una fecha, una dirección y una foto. La noche en la que fue a su laboratorio para realizar el salto temporal no podía estar más orgulloso.

“Papá. Mamá – se dijo en silencio -. Voy a viajar hacia atrás en el tiempo y voy a matar al abuelo. Padre no habrá nacido entonces y vosotros dos no os conoceréis. Yo tampoco naceré pero el viejo desaparecerá conmigo como si nunca hubiera existido”.

Con resolución penetró en la cápsula temporal, introdujo los datos en el ordenador y viajó hasta aquel instante pretérito empuñando su revólver.

Esperaba encontrar al abuelo jugando en el parque. Era un día gris de un siglo ya pasado de moda. Sin teléfonos móviles, sin internet, sin prisas. Hasta las aceras parecían hechas de una pasta descolorida, como retratos del salvaje Oeste. Vio un chaval columpiándose. Comprobó la foto, ansioso. Una sonrisa se formó en sus labios mientras el estómago se le llenaba de mariposas.

Era él. Le apuntó con el arma.

“¡Bang!”

¡Había matado a su antepasado! Pero algo no iba bien... seguía existiendo ¡Imposible! Asustado, viéndose perseguido por una multitud, volvió al futuro para reintentarlo.

“¿Qué habré hecho mal?- se preguntaba, acalorado -. ¿Qué ha podido fallar?”

Al salir de la cápsula allí estaba el abuelo aguardando. Le encañonaba con una escopeta tan antigua como él. Una mueca de odio cruzaba el rostro del anciano.

Ambos se miraron.

- Mataste a mi hermano – explicó el viejo antes de disparar -. Todo este tiempo imaginé que eras tú pero ¿cómo? Era una locura. Pero tú cara, esa cara de malnacido que tienes. Incluso de pequeño. Ahora... ahora lo entiendo todo.